447- El borracho//Rd

Por la Carrera del Darro, cerca de río y frente a la Alhambra, pasaba cada tarde. Y sin pretenderlo, un día y otro lo veía. Algunas veces, sentado en el banco del hierro, solo. Otras veces, también sentado en este banco pero acompañado de dos o tres hombres, más o menos de su misma edad. Y otros días se lo encontraba hablando con el mecánico que ahí cerca tiene su pequeño taller de coches.

Sin pretenderlo, una vez y otra se fijaba en él. Más bien empujado por la curiosidad y porque su aspecto era muy desaliñado. Siempre lo encontraba vestido con pantalones vaqueros, sucios y rotos. Barbas blancas un poco largas, pelo revuelto y sucio, cara bastante arrugada y con expresión de tristeza. A sus pies, cerca del banco de hierro, en la acera o pegado al asadero de pollos, con frecuencia se veía un pequeño perro. Color canela, rabo corto, pelos largos y ojos brillantes. Y una de las cosas que más le llamaba la atención era precisamente este perrillo. Porque nunca, ni una sola tarde, lo veía separado de su dueño. Parecía dormir bajo el banco, ageno por completo a lo que ocurría o se oía en la calle. Y era también muy curioso el comportamiento del animal: con nadie, absolutamente con nadie se relacionaba.

Al pasar el hombre que cada tarde recorría este trozo de calle, lo que con más interés buscaba, era la presencia del perro. Al verlo acostado en la acera, enseguida intuía que el dueño no estaba lejos. Lo buscaba con sus miradas y no tardaba en descubrirlo. En el banco de hierro o en la puerta del pequeño taller charlando con algún amigo. Con una botella de cerveza de litro en la mano o en el suelo, nunca discutía pero si hablaba del gobierno, de los precios de las cosas, de la filosofía de la vida, de cervezas o del frío o calor que hiciera.

El hombre al pasar, casi nunca prestaba atención a este borracho aunque, sin ser consciente, se le empezó a convertir en algo importante. Llamaba al perrillo, que un día y otro, seguía sin hacerle caso e incluso lo rehuía.
- Se llama Alfredo.
Le dijo un día el borracho al darse cuenta que, el hombre que una tarde y otra recorríala calle, lo llamaba con insistencia. Por este nombre, el que caminaba por la calle cada tarde, comenzó a llamar al perrillo en cuanto lo veía. Seguía el animal sin hacerle caso e incluso, un día al pasar y llamarlo, el pequeño perro se mostró disgustado. Con cara de pocos amigos, miró al hombre, se levantó de la acera donde estaba acostado y gruñó desconfiando. Insistió el hombre llamándolo por su nombre y entonces el perrillo le ladró un par de veces. Con sonido ronco y profundo y esto le sorprendió.

El borracho, dueño del original perrillo, ni siquiera se percastó. El hombre pensó: “Conmigo no quiere cuentas pero a su dueño que como veo lo tiene por completo ignorado, le da compañía en todo momento. Nunca vi un perrillo más fiel que éste siendo tan poco sociable”.

El dueño del asadero de pollos, cada tarde dejaba junto al tronco del árbol en la puerta, los restos de pollos para que Alfredo se los comiera. Y Alfredo, el perrillo de la acera, se comía estos alimentos con mucha fruición. Por eso un día, al pasar el hombre por aquí y pararse junto a Alfredo que comía lo que el del asadero le había dado, éste comentó:
- Si te gusta el perrillo, llévatelo.
Algo sorprendido se mostró el hombre y simplemente dijo:
- Alfredo no quiere cuentas con nadie aunque sí parece bastante listo.

Y una tarde de verano muy calurosa, al pasar por aquí, el hombre no vio ni al perrillo ni al borracho. “¡Qué raro!” Pensó y en su interior sintió como un pequeño ramalazo de tristeza. “Tan habituado estoy a ver tanto al perro como al borracho que al no encontrarlos esta tarde por aquí, siento como si algo muy querido faltara. Creo que, sin ser consciente, mi corazón ahora ya los cosidera amigos". Pensó de nuevo y notó que por la cara le rodaban un par de lágrimas.

A la tarde siguiente, al pasar el hombre por el lugar, con más interés que otros días, buscó tanto al perrillo como al borracho. No vio a ninguno de los dos. Avanzó un poco más por la acera y cuando estuvo frente a la estrecha callejuela que a su derecha formaba ángulo recto con la que recorría, miró. Es esta una calle muy estrecha, empedrada, en cuesta y por eso con escalones amplios. En alguna ocasión, había visto al perrillo acostado al final de esta callejuela. Por eso ya había deducido que el borracho probablemente viviría en alguna de las casas de esta estrecha calle.

De aquí que esta tarde, al pasar frente a la callejuela, miró buscando al perrillo y tampoco lo vio. Sí descubrió, al final de la empedrada callejuela, la puerta de una ruinosa casa cerrada. En el centro de la puerta se veía un letrero colgado con fixo y en el suelo, en el escalón de la entrada, ardían velas. Se preguntó el hombre: “¿Qué habrá pasado ahí?” Y no pudiendo resistir la tentación, empujado por el pequeño vacío que experimentaba en su corazón por la ausencia del borracho y del perrillo, subió despacio por la calle, con sus ojos clavados en el letrero que veía en la puerta y en las velas que en el umbral ardían. Junto a estas velas, vio varios ramos de flores y al acercarse más, puedo leer lo que había escrito en el letrero colocado en el centro de la puerta: “Un desahucio, dos suicidios”.

Tres días después, el hombre amigo invisible del borracho y del perrillo, volvió a pasar por la calle. Miró con cierta ilusión y seguía sin ver ni al perrillo ni a su dueño. Al llegar a la altura del taller de coches, vio al mecánico. Y como sabía que el hombre del perrillo un día y otro echaba largos ratos de charla con él, lo saludó y le hizo la siguiente pregunta:

- Desde hace unos días, en la ruinosa casa de la calle estrecha, veo muchas velas encendidas y ramos de flores en la puerta. ¿Qué ha pasado ahí?

Y el hombre del taller brevemente confesó:

- Nuestro amigo del perrillo Alfredo y lata de cerveza casi siempre en la mano, murió ahí hace unos días. Toda su vida ha estado viviendo en esa casa. El otro día lo desahuciaron y al día siguiente quiso entrar por la ventana, no calculó bien la altura, se cayó y ahí mismo quedó sin vida. Del perrillo, su pequeño amigo fiel, nada sabemos.